

Los Cinco Jinetes Rumbo al Calabozo

por
FRANCISCO ESPINOLA

Ilustración de
ARISTIDES RECHAIN

El primer sábado de Carnaval, exactamente a la hora desde la que se permitía el desfile, dos de la mañana, muy airoso vendían los cinco jinetes por el camino del pueblo. Espantados hasta de la sombra, a veces sólo con piedad, conseguían que sus cabalgaduras avanzaran. A fuerza de palmos y "Bah... Bah... ¡Calabozo!"

El caballo lo formaba un arco de alambres retorcidos en forma de sección horizontal de equino, que se sujetaba con un cordón desde los hombros y pendía al nivel de la cintura. Quería, pues, el armatoste, por la mitad del cuerpo. El poncho del hombre cubía alrededor y ocultaba los alambres y costuras. A su vez, el armatoste que imitaba las formas de caballo, sostenía una tela de apillete que llegaba hasta el suelo, ocultando los pies. De trapos bien forrados eran el cuello y la cabeza. Con cin y todo. Una crin un poco rala, pero bien tuidada, como de bestia salvaje. Las colas, eso sí, copiosas.

Así vendían, camino del pueblo, los cinco. Arriba, gente; abajo, caballos. Caballos más bien redondos, chicos, que se echaban atrás y dificultaban el avance, levantando nubes de polvo. Los brazos armados de rebeldes de argolla, se alzaban y abastían pausados. Y los caballos saltaban, locos de furia, de lado a lado del camino. Y los jinetes también saltaban, ya agotada la paciencia. Y a lozangas y gritos obligaban a adelantarse a sus pinguos, que en vano hacían por desenderlos, con saltos, de las cruces empuchados.

Pasaron el Camposanto, serían las cinco, sombreros en mano — la cosa allí no era fuerte — entonces permitiendo ciertos recelos a los bestias, que camaleaban al llegar y sólo a fuerza de "chupadas" pasaban, cruzaron. En aquella, aflojaron riendas. Y a un gracioso palmito, avanzaron hacia las cañerías que horcaban el camino, profundas, llenas de agua. Allí, entre ellas, del bolche de Pantaleón, salió la gente por ver. Y otra vez hubo que recurrir al rebufo, porque los fletes se asustaban. Y el bien los porcosas y las cañerías permitieron fiarse, abajó era una cosa bárbara. Los brines, en costuras, debían ver alargadas y piernas. El polvo arde en las narices.

En la puerta del bolche, seis o siete indios alzaban con gritos. "¡Por de Jinete! ¡Oblaja! ¡A que no lo volteas, vos!" Y al que marchaba adelante, parecía que ya lo iba a tirar su paradero. O peor, que el flete ya se iba a precipitar con él en las aguas de la cañera, hasta cuyos bordes llegaba en brinco.

A los otros cuatro también los trataban mal. Porque eran bestias atrevidas, inoperantes, los de aquellas bestias de cola casi dura y de completamente rigidos cogotes y testa.

Nadie vio quién fue; pero lo cierto es que, de pronto, un farfón arrojado con malhadada puntería, encendió el pencho y el arde del que iba delante. Y mientras los otros cuatro se paraban en seco, agui, dejando el jinete y la verguza para después, saltando el sombrero, que se le caía por un lado, entre llamaduras, corrió hacia la cañera, con la cara trágica.

¡Espel! ¡Espel! ¡Espel! Y se precipitó en el agua. Del bolche salieron todos.

—Eso está mal! ¡Eso está mal! — protestaban, imposibilitados de apurar, los compañeros, corriendo hacia la profunda cañera, dejando lo otro también para después.

Se corrió de gente el ancho pezo. Bajó, a cinco metros, flotaba el caballero, y empujando la cabeza y el cogote de su indispensable cabalgadura.

—¡Consigan una pila! ¡Pero mire qué cosa! — gritó con voz resonante.

—¡Si se corre más paquí, hace pie, don!

—¿Pande? ¡Pallí!

—¡Gueno!

—¡Corré, E hizo pie!

—¡Gueno, E hizo pie a buscar pila!

¡Pantaleón! ¡Pantaleón! ¡A traer la pila!

—¡Pero mire qué cosa!

Sus compañeros se asomaban de lado. Arrodaban los caballos parados al borde de la cañera. Y ellos, echados para el costado, sacaban la cabeza. Cuando salía, "¡Pero qué cosa!" ellos saltaban, también, hacia abajo:



—Pero, pero qué cosa! —
—Se mojó el caballo? —
—¡Hizo descender uno! —
—¡Sí, está empacado! —
—¡Pero mire qué cosa! —
—¡Guarú! ¡Guarú!

Eran Pantaleón y la cuerda "Agarrese!". Y con las patas "¡Ayudá!"

—¡Sí, pero... ¡Y no ve! —
—¡Salí del fondo.

El caballo, bien sujeto a los hombros, lo estaba.

—¡Ladecó p'al costao! ¡Echele el cogote p'al costao y usté corrá p'al otro costao!

—¡Cómo! ¡Asín!

Nadie respondió. Era que se oía el "pereré, pereré" de cascos a todo lo que daban.

—¡Viene el sargento! ¡Ahí viene Mansilla!

En efecto: ya pasaba frente al camposanto un indio en armadura.

Pantaleón, que había tomado la cabeza, volvió a atender al pezo porque hacían fuerza en la pila. Era que ya venían saltando cabalgadura y jinete. Aquella, rigidos cuello y cabeza; éste, de costado en el caballo, como si montase a la mujer. Los dos corriendo.

—¡Ayude uno, que pesa una

der la pila, gritó a los amigos del caído:

—¡Retírense pa' que si acerqué al señor! ¡Retírense pa' que el monicito!

A extraño trance desgarrado, provocando una sanada mayica y nuevos bufidos, los cuatro atravesaron media cañera y se escalaron entre unos sauces.

Todavía con dificultades, el sargento llegó al borde de la cañera. En ese momento el jinete, sin sombrero y hecho ropa. En seguida, la cabeza y el cogote de su montura.

El caballo del sargento se paró de manos. Abrió la boca con horror. Revolvía los ojos.

—¡Pero, retírese, pues, hasta que acabe salir! De no, no acabamos ni pa' mañana!

Ante lo imperioso del tono, el sargento saltó hacia el monicito de sauces.

—¡Pah! no! ¡Pah! no, quéstán los otros!

Devoró el pelotazo. Y se agachó junto al camposanto.

—¡Pero qué cosa, amigo!

—¡Y qué! ¡Ahora tiene que acompañarme a la comisaría.

—¡A mí, a mí que no he faltado a nadie!

Sus movimientos, fatalmente acompañados por el armatoste que pendía de sus hombros, hicieron retroceder al sargento entre grandes bríos. Su caballo volvió a dar miedo con aquellos ojos y boca.

Se arremolinó la gente. Y de allá, del monte donde, jadeando sus pinguos para ir a lo, conseguían los cuatro amigos asomar

Pantaleón, volviendo a aten

medo cuerpo, surgió un clamor.

—¡Pa llevarlo a él, tienen que llevarlo a nosotros!

Y salieron del sauzal a galope tendido, mientras el sargento se aferraba en la cañera para contrarrestar nuevos costuras y saltos, bien horados.

—¡Pah! no! ¡Pah! no, quéstán los otros!

Devoró el pelotazo. Y se agachó junto al camposanto.

—¡Pero qué cosa, amigo!

—¡Y qué! ¡Ahora tiene que acompañarme a la comisaría.

—¡A mí, a mí que no he faltado a nadie!

Sus movimientos, fatalmente acompañados por el armatoste que pendía de sus hombros, hicieron retroceder al sargento entre grandes bríos. Su caballo volvió a dar miedo con aquellos ojos y boca.

Se arremolinó la gente. Y de allá, del monte donde, jadeando sus pinguos para ir a lo, conseguían los cuatro amigos asomar

Pantaleón, volviendo a aten

Ilustración de
ARISTIDES RECHAIN

Junto a la cañera, los otros cinco de a caballo conferenciaban en voz baja, en medio del crecido que formaban los curules.

—¡Si no nos entregamos, a la larga caímos lo mismo. Y no animo ni pa' la Cuatrecasas.

—¡Si, vamos a entregarnos. Y que declaren los testigos.

El sargento descabalgaba en ese momento, para entregar las riendas a un pardo cuya marcha llevaban con imperio. Se acercó a pie. La acobaba el machete.

—¡Pero mire qué cosa! Delante, por el modo de la calle, cinco jinetes. Detrás, a cinco metros, el sargento, de ya más tranquilamente cabalgando. Al accidentado se le veían claritos los pantalones y las almagas. A los otros, como maldaban al franco, no se les notaba nada. Habían, por lo visto, Nadie reconocía en éste al mismo grupo que, antes, con tanta fealdad se asomaba al camposanto.

Ya entraban al pueblo cuando el jinete delantero se desdobló y su animal, empujando a caminar dificultoso, casi corriendo. Era que se les había aflojado una almagra. De a trececos se detenían, afirmaban el pie en el suelo, restregándolo. Por conservar la distancia, el sargento también se detenía.

Uno de los compañeros se apareó al del suero. Este se agachó al pie hacia atrás, con la almagra ya en el suelo. Pero cuando el otro, estirado por su propio caballo, consiguió tocarlo, la falta de equilibrio llevó al de la almagra, costándole, contra una casa.

—¡Vamón! ¡Vamón! ¡Aure se van a quedar todos los tucos! ¡Si se cal, que se calga, mona! Se acomoda gente a la calle. Y llamaba para que se acudieran.

Un chiquillo, adritado al abandono de la almagra, corrió y la entregó al descalzo. Este se agachó arrodado, la miró y la aporó sobre el dorso de su torso, retorciéndose de su paradero. Pero de un bote parieron pulgas, los caballos se enardecían. Y como de la otra vez también los habían, otros cabos, el frente a unos y otros, muchos, con los ojos como brujas, los caballos seguían sus movimientos, acunados. Daban la sensación de que se reunían, de que se reunían por sus atrequezas. Sin comprender causas, el sargento gritó.

—¡Oh! ¡Y áure vuelven a creerse quién de fiende! ¡Se creen quinientos chachos!

Maldiciendo, los arrojados, adcorados de calor y rabia bajo los ponchos, llegaron. En la muerte salaba un soldado de guardia. De estatura tan pequeña, que si más pequeño traía pelotazo de todo el departamento lo quedó grandísimo.

Hasta que se halló otro más chico que también la quedó de firme. Se echó atrás al caso para observar bien a los cinco. Salvo uno, los demás estaban colosales. Recordó al instante que, una vez, un día suyo se disfrazó así. Pero no tan, tan igualito...

—¡Párale! — gritó el sargento deteniendo su caballo a los quince metros.

Se descubrieron los jinetes y entraron bajo al suar remat de las almagras. Era un alrededor largo. A la izquierda estaban los caballos. Delante de los cinco, que a su vez, horroablemente, iban detrás de su cogota y una cabeza rígida, al arrojado soldado siguió hasta llegar al fondo.

—¡Qué colosales! — se decía tomando la cabeza de mundo en cuando, se comenó.

—¡Ah, si yo hubiera ganado el servicio!

Se indicaba la puerta de las caballerías, dijo: —¡Dentren.

Se asomaron los caballeros. Se asomaron apenas. Porque entre un bruto estrépito, durándolos, duraban también al confundido, salieron caballos, tres caballos, hacia la calle, a tres patadas, desahucados.

—¡Tienen que marchar a prestar reclamación, los señores.

Pantaleón, la pila de tiro, recordándole como hizo, se alzó corriendo al recordar que dejó al bolche solo.

Nadie había acudido a las pitadas. El sargento decidió indicar la marcha.



ILUSTRACION DE RECHAZ

La Tierra.
Un garbano, a 174 metros 61 centímetros de la Júpiter.
Una manzana, a 609 metros 7 centímetros del sol.
Un kilo de azúcar, a un kilómetro 120 metros de distancia del sol.
Saturno, con su anillo.
Una bola del tamaño más o menos de un huevo.
El planeta más lejano del centro del universo.
Uranio.
Un planeta un poquito más grande, a tres kilómetros y medio metros del centro: es Neptuno.
Por fin, una cereza, colocada a una distancia de 228 millones de kilómetros del centro del universo, cuando la búsqueda por largos años y que acaba de descubrirse: es por ahora el último, el extremo ceniciento de la gran familia de las estrellas, la gran familia y tierra el sistema solar.
Un kilo grams de munición y de arena representativa de la vida en la tierra: una pequeña cometa, viajando a través del conjunto serán los cometas.
Las estrellas, que se ven siempre en la misma zona del cielo, forman parte del sistema solar.
Los demás, los otros, los otros kilómetros del universo, vienen a ser: el

[illegible]

por Hamlin



CRITICA REVISTA MULTICOLOR — Mayor circulación sudamericana — Buenos Aires, Diciembre 6 de 1953